

lacayos; pero lo que llamó más fuertemente la atención de los dos individuos, fué una carroza detenida ante las gradas del vestibulo, con la portezuela abierta. Aquel tren ostentaba un esendo de armas que no dejaba duda ninguna acerca de la calidad de la persona á quien pertenecía.

—¿Estará aquí M. de Conti? se preguntó Barada sorprendido, pero con tal indiferencia que las facciones de su primo recobraron su alegría habitual. Sus cejas, fruncidas desde hacia media hora en muestra de una inquietud profunda, se extendieron enteramente, y subió alegre y satisfecho detrás de Barada los escalones del vestibulo, no sin dejar de hacer ruido.

Una joven esbelta apareció en lo alto de la escalera y después de echar una mirada á los que subían, desapareció como una flecha. Era una dencella de la casa.

Cinco minutos después, Barada entraba en el salón de recepcion, donde encontró al principe de Conti ocupado en escribir en una mesita, mientras que la señora de Barada bordaba al tambor cerca de la chimenea, en la que, no obstante la estación, ardía un fuego vivísimo.

—Ya está aquí Barada, principe, dijo madama.

—¡Pardiez! me ocupaba en escribiros, mi querido Barada, porque deseando veros, no os encontré en el palacio ni en vuestra casa. Y bien ¿habéis hablado con nuestro hombre?

—Si su Alteza quiere molestarse en pasar á mi gabinete, tendré la honra de darle cuenta de mi comision.

—De buena gana, respondió el principe, porque el calor de aquí sofoca.

—Será preciso que vuestra alteza perdono por esto á madama Barada. Ha vivido siempre en Burdeos, don-le hace más frío que en París y extraña Nápoles.

—Según los deseos de vuestro esposo, os volvereis pronto por allá, señora. Casi está conseguido el empleo que le he prometido; pero si las cosas no cambian dentro de pocos días, acaso yo mismo tenga que marchar, y este será más pronto de lo que mi hermano quisiera.

—¿De veras partiréis, principe?

—No creais que lo sienta, pues á vuestro lado estaré muy satisfecho.

—¿Acaso la política toma mal giro?

—Sois muy hermosa para que podais comprender estos negocios. Pero de todos modos siempre podemos contar mi hermano y yo con todos los bordaleses que son valientes y decididos partidarios nuestros, siempre que los parisenses nos abandonen.

—¿Y los podrán hacer, Dios mío?

—¡Oh! no lo creo del todo, pero son gentes que se compran facilmente con discursos y fiestas. ...

En cuanto á los discursos, M. de Mazarino no puede engañar á todos. Por lo demás, no creo que haya guardado en sus cofres ni mil pistolas para una muestra de regocijo.

—Es verdad, pero aún vive, y siempre debe inspirar recelos un hombre como ese.

—¿No satisfaco á vuestra alteza el destierro del cardenal?

—Perdoname, querida señora, que dejemos esta conversacion, continuó el principe tomando con galantería la mano de la señora de la casa y besándola con todas las apariencias de un profundo respeto; pero este buen Barada tiene que comunicarme cosas importantes y esto me priva del placer de seguir acompañándoos.

El principe y Barada salieron del salón, sin que la señorita hiciera el menor movimiento en su sillón para corresponder al galante saludo de su alteza.

Esta particularidad, ó mejor dicho, esta falta de lesa etiqueta, escapó sin duda al marido, pero tuvo por resultado que Luis Vijé, que se coló en el salón tras del abogado, suspirara profundamente.

—¡Calla! es'ais aquí, Luis, exclamó ella con la naturalidad de una criolla.

La señora de Barada tenía 22 años. Era morena, y de sus negrísimos ojos se escapaban destellos fulgurantes que daban á conocer desde luego el fuego interior de sus pasiones. Alta, esbelta, impetuosa, la perfección y la riqueza de sus formas realizaba aquellos espléndidos modelos que los pintores del Renacimiento nos dejaron en sus obras imperecederas, y su asombrosa hermesura causaba la admiración de todos los que la veían.

Hija de un antiguo gentil-hombre de la Guinea, M. de Montbarey, muerto en la miseria y que vivió sus últimos años merced á las liberalidades de un compañero de armas, el duque de Epernon, Gabriela de Montbarey se encontró huérfana á los diez años, y por decirlo de una vez, sin protección ninguna puesto que el duque tenía la más detestable reputación.

Encargado de perseguir la adquisición de un legado hecho á aquella niña por una gran señora de Nápoles, M. de Montbarey condujo á Italia á su hija Gabriela, y de allí vino la costumbre que tomó el abogado Barada de ir con frecuencia al convento donde ella estaba de pensionista; de manera que su hermosura fué desarrollándose con una rapidez sorprendente, y juzgó á propósito el abogado entregar al mundo á aquella flor preciosa, cuyos gérmenes deberían sofocarse entre los muros del claustro.

Acaso en el fondo de su buena acción tenía todo un plan de intereses ocultos y de especulaciones para el

porvenir, porque hasta entonces nadie conocía á Barada, hijo bastardo repudiado por su padre, un viejo señor español, sin patrimonio ninguno.

Pero el pago del legado iba haciéndose problemático, y como el tiempo transcurría, y por último, no obstante su hermosura y sus proezas, la novicia tendría que tomar el velo, toda la nobleza de la Guinea aprobó que el abogado la diera otro estado social haciéndola su mujer.

Mereció á esta alianza, porque los Montbarey eran de elevada y antigua raza, las mejores casas de la provincia se abrieron para aquel abogado de aspecto montañés y de nobleza equívoca, y afluyendo los negocios en su bufete, se hizo una de las celebridades del foro bordelés; pero los placeres y las fiestas del mundo no tenían ningún encanto para aquel espíritu inquieto; de manera que tomó el partido de no presentarse sino en las ocasiones solemnes, dejando á su mujer el cuidado de llenar las etiquetas de la sociedad.

Pero al cabo de un año de matrimonio, persuadido de que sólo en París podría dar alas á su desmedida ambición, partió repentinamente para la capital.

Fuése sin anunciar que se llevaría á su esposa, de la cual había sabido hacerse un auxiliar inteligente, á pesar de que ella le profesaba muy poco amor.

Barada, como era natural, se hizo del partido del parlamento, en contra de la corte.

Como consecuencia de sus buenos servicios, los príncipes, y sobre todo M. de Conti, se declararon los decididos protectores de aquel hombre activo.

—¿Y bien, Luis, tenéis alguna nueva poesía que leerme hoy? preguntó Gabriela al joven, que siempre que se hallaba delante de su prima parecía como petrificado y no encontraba su seguridad ni su reflexión,

—Hoy no, prima mía.

—¿Y por qué no sois mi trovador?

—Para que los versos fluyan armoniosos y dulces á la imaginación, es preciso que ciertas influencias se hagan sentir y que el corazón tenga si no un gran dolor ó una profunda desesperación, sí al menos una corta alegría.

—¿Pues qué tenéis, querido primo?

—Desde ayer me consumo una tristeza amarga, y hasta hace media hora he sabido el motivo: era el presentimiento de una desgracia.

Gabriela guardaba cierta ternura para Luis—hijo de una prima suya que descendió al estado llano á consecuencia de la miseria que sembraron las guerras de religión.

Pero no obstante ese cariño, no era sensible á los sentimientos amorosos que ella suponía con razón, lo animaban.

Tomó la costumbre de tratarlo como hermano unas veces, otras como bufón; porque si bien el carácter de Vijé era dado á la poesía y á los sueños, el joven tenía también á veces rasgos extravagantes y grotescos, con los que ella se divertía.

—¿Presentimientos vos, Luis?... vos, el espíritu más independiente, la indolencia personificada!

—No siempre es uno dueño de sí mismo. Antes de ayer, seducido por los pasantes de estudio, fui á los Porcherons, donde se toma un vinillo que hace reunir los domingos á los mancebos de las tiernas, á las gricetas y los lacayos. Los pícaros me hicieron beber un vino maligno de los alrededores de París con la intención evidente de embriagarme, y lo consiguieron: toda la noche estuve mal y me revoloteaban por la cabeza tantas y tantas cosas.

—¡Vaya! bebistéis el vino triste y eso fué todo, dijo alegromente Gabriela.

—¡Ah! Gabriela, no os riais de estas cosas!... ¿Sabéis que se muere muchas veces?.....

—¡Pobre muchacho! debéis tener una gran desgracia en efecto, porque os encuentro muy triste hoy.

—Me amenaza una desgracia porque para mí lo es y grande.

—Me haríais temblar, Luis, si vuestra fisonomía no fuera tan chusca.

—¿Es permitido mofarse así de un hombre honrado?

—Vaya, hablad, ¿qué tenéis?

—¡Oh, querida prima, la desgracia consiste en que voy á dejar á París.

—Y bien, ¿eso es todo?

—¡Cómo! ¿os parece poco? decidme qué es lo que voy á hacer por allá.

—Dónde... ¿En Cochinchina?

—En Burdeos.

Hace mucho tiempo que estoy dispuesto á volverme, también, señor primo, y ya veis que no estoy tan triste.

—En Burdeos, prima, estaré lejos de vos, de vos que sois la luz de mis ojos, la condición primera de mi existencia. Bien sabéis que no mirándoos siento la muerte.

—No os inquietéis, gracioso enamorado, pronto iré á reunirme á vos.

—Dulce esperanza, pero convenid en que preferirías quedaros en París, donde regresando á la corte pasaríais días alegres en medio de las fiestas y las galas.

—Lo confieso, pero M. de Barada no es rico, y ni siempre se encuentra así no más un empleo de consejero.

—Prima, vuestro marido hace un juego del infierno

un juego que podrá perderlo, llevarlo á una prisión, quien sabe á dónde.

— Es su negocio, dijo ella sonriendo.

— Ah! Gabriela.... Gabriela....!

— ¿Qué tenéis?

— El príncipe de Cointi está casi siempre solo á vuestro lado. Dicen que aunque jorobado es bastante galante.

— Luis, pobre niño, no comprendéis nada de política.

— ¿Entonces, os autoriza acaso la política para ser coqueta? Después, llevar el tren de la duquesa, tener criados; un palacio.... ¡Hum! creo que vuestro marido se endroga furiosamente y el empleo de consejero le costará carísimo.... porque en fin, Barada no tiene una renta de seis mil libras, que se necesitaría cuando menos para los gastos que hace, y no sé qué cuenta con otra cosa que con el legado de cien mil libras que os hizo al morir la condesa de Bernelle..... Prima mía, me pierdo en conjeturas y las suposiciones que hago me espantan.

Gabriela tendió la mano al pobre pasante, quien la besó con el respeto que lo hacen los chicos con el anillo del obispo cuando lo encuentran en la calle y está de buenas.

— Os lo repito, Luis, no entendéis nada de la política.... Haced versos, amigo mío, rimad las palabras más difíciles del idioma, así como las más originales, pero no procuréis penetrar en los profundos abismos que entreabre la ambición; esto es suficiente para espantar con sólo la mirada un talento superior al vuestro y para trastornar la noble y leal pureza de vuestra alma.

— ¡Ah Gabriela, si me amarais como yo os amo! ..

no habria para vos esas tinieblas, gozariais de la luz en todo su esplendor, disfrutariais del paraíso...

— Sois un loco.... No ignoráis, Luis, que mi corazón está frío como el mármol, y que aún no nace el ser privilegiado que lo ceba agitar.

— ¡Ah, prima, si yo lo conociera, le mataria, aunque fuera príncipe de la sangre!

— Luis, presiento que no será un príncipe, dijo la señora Barada, pero si algún hombre alcanzará mi mano, estoy segura de que vos le amarais.

— No.

— Pero no me habéis dicho lo que vais á hacer á Burdeos.

— Aun no lo sé; os una trama de Barada, vuestro necio marido.

— ¿Y maese Desormaux?

— Barada se encarga de arreglarle. Por lo demás, me fastidia ya esa profesión. Las brumas y los miasmas del estudio de ese sordido procurador, trastornan mi cerebro, ahogan mis ideas, me embrutocen.

— Pero es preciso que penséis en formaros una posición.

— No hablemos de esto, prima; sólo por complaceros entré en la casa de maese Desormaux; pero moriría de consunción y de rabia, si permaneciera más allí. Allí me falta aire. Necesito el espacio para volar, necesito los bosques, es necesario á mi existencia el murmullo de los rios, el canto de la alondra, ó si no el mujido salvaje de las olas del mar, ese gigante que parece querer absorber la tierra y que infunde pavor á las almas pusilánimes, más que ahaga y satisface á los corazones bien templados!

Vuestro esposo me hace dejar el estudio y me lanza á las carreteras, tanto mejor, por Dios. Tal vez iré á

sufrir; pero mis padecimientos sólo consistirán en estar lejos de vos, que sois mi vida; pero per lo demás, Dios proveerá. El poeta es como el pájaro, cuando no canta muere.

En este momento, el príncipe de Conti y Barada entraron en el salón. Vijé se retiró á un ángulo, siguiendo su costumbre, y se admiró de ver en el rostro del abogado signos evidentes de una profunda preocupación, cuando el príncipe se dirigió á él.

—Avanzad, joven; le dijo con afabiliad, tengo que hablaros.

—¿A mí, monseñor?

—Perdón, dijo Barada interrumpiendo, pero vuestra alteza me permitirá antes dos palabras acerca del asunto de que acabamos de hablar.

—Decid.

—Luis preguntó el abogado, ¿conocéis en el barrio de San Honorato una taberna llamada de los «Audriettes?»

—Creo que sí, primo... esperad... A cosa de cien pasos del convento de la Asunción se levanta un muro estrecho, horadado por una puerta que está abierta constantemente por el día; ese muro está separado de la vía pública por un jardín sembrado y plantado por macizos árboles bastante espesos, para formar dos ó tres pabellones que dan abrigo á una mesa y unos bancos. Después de este jardín sigue una casa de miserable apariencia que tiene casi la extensión de la cerca. Allí es.

—¿Estáis seguro, Luis?

—¡Oh! la conozco bien, id con seguridad. Pero este sitio tiene mala fama. Durante el día tiene en efecto «Les Hau triettes» en memoria de la comunidad de

religiosas fundada en el monasterio de la Asunción, pero una vez llegada la noche ya es otra cosa.

—¿Habrá escapado á la vigilancia de la policía? preguntó el príncipe.

—Del todo, monseñor, sirve de lugar de cita á los jugadores de profesión, á los soldados licenciados que pasan allí toda la noche. Aquello es un verdadero garito.

—La policía no se cuida, monseñor, de esas clases interesantes de la sociedad, replicó Barada sonriendo.

—¿Entonces suponéis que los concurrentes habituales de ese garito tendrían excelentes razones para sustraer á un examen profundo de parte de los espías del teniente criminal?

—Es probable, ¿qué pensáis de esto, Vijé?

—Opino lo mismo; porque me he dejado decir que el tabernero consiente voluntariamente en cerrar y en abrir directamente ya la puerta que da al arrabal de San Honorato como la que comurica con las bodegas de la casa inmediata.

—Ese tabernero se llama Ricons, ¿no es eso?

—Sí, monseñor, Ricons.

—¿Y se juega toda la noche?

—Toda la noche, principalmente la «baseta.»

—Está bien. Me ha dicho vuestro primo que partiréis hoy mismo para Burdeos.

—Hoy mismo, respondió Luis suspirando.

—Barada os entregará una carta de introducción cerca de maese Duretete, síndico de los matanceros de la ciudad...

—La conozco, monseñor; vive, si no me engaño, en la calle de Saint James.

—Puede ser, y si lo conocéis, ahorráramos la carta

que podría seros más nociva que útil suponiendo que fueráis sorprendido por las tropas de Su Majestad.

—Bien pensado, pero entonces qué iré á hacer á Burdeos, monseñor?

—Os presentareis á Duretete, y le diréis que vais de mi parte, y os dará vuestra tarea.

—Entonces, es decir, monseñor, que voy á convertirme en un tablero? Es poco halagador, por cierto, este oficio, para un mozo como yo que tiene su tintura de letras, que sabe á Virgilio, Horacio y Juvenal punto por punto. Vuestra Alteza convendrá en ello.

—Monseñor, dijo Gabriela interviniendo, M. Vijé es poeta y no debe ser más que poeta.

—Eh! si no me dejais acabar no nos entenderemos. . . . . Duretete le dará una tarea en conformidad con su aptitud. Amigo mío, al estar delante de ese buen hombre, y sobre todo, cuando esteis solo con él, pronunciareis las palabras siguientes: "Hay en Paludate un buque en peligro." Aprended bien esta frase que es una contraseña indispensable y sin la cual hariais un mal negocio.

—Eso no es difícil para un bordelés, respondió Vijé. Hay en Paludate un buque en peligro.

—Muy bien, replicó el Príncipe, y si Duretete os pregunta sobre el estado de los ánimos en París le dirais lo que sepais.

—Haré observar á Vuestra Alteza que en eso estoy poco insuido.

—Diréis que Mazarino sigue en Bouillon y que el pueblo y los vecinos fraternizan todos los días.

—Sin embargo . . . . . dijo Vijé sonriendo.

—Hablad, dijo el príncipe con inquietud al ver que se detenía el poeta.

—Me atreveré á declarar á Vuestra Alteza lo que pienso en ese particular.

—Por qué no? Hacedlo.

—Es que podía ser que el pueblo y el vecindario de París no estuviesen muy satisfechos con la ausencia de la corte. Sé muy bien que Vuestra Alteza se ha referido al cardenal al hablar de la fraternidad y el regocijo, pero la corte y él no es una misma cosa. Yo no digo esto no más que por decirlo, monseñor, hablo con fundamento, porque precisamente antes de ayer domingo, estando en un lugar público muy frecuentado, al expresarse de un modo que habría dejado muy satisfecho al cardenal á haberse encontrado allí.

M. de Conti se volvió bruscamente hacia Barada frunciendo las cejas.

—Entonces se nos engaña! exclamó.

—No, monseñor, respondió el abogado; pero ya he tenido el honor de decir ayer á Vuestra Alteza que el cardenal reparte algunas sumas entre el populacho. La cosa es bastante sencilla teniendo las riquezas del cardenal.

—No importa; es preciso que cesen esos rumores y multiplicar los agentes por todas partes . . . Pero espere-  
mos á que esta noche . . . Vos, joven, partid con valor y no olvideis que vuestra conducta os proporcionará aquí protectores. Preguntad á Barada si acostumbramos olvidar á nuestros amigos y á los que nos sirven.

—Vamos, mi pobre Luis, dijo Gabriela, ya estais embarcado en la política.

—Se hará lo que se pueda, prima siempre de modo que quede satisfecho monseñor.

—Príncipe, añadió Gabriela volviéndose hacia M.

de Coti, me respondeis siquiera de la vida de mi poeta?

—¡Ah! querida señora, ¿qué soy un antropófago como mi hermano?

—Es que la diplomacia hace frecuentemente más víctimas que una batalla.

—Un instante, replicó Vijé; debo prevenir á Vuestra Alteza una cosa importante: esta consiste en que no tengo absolutamente ninguna opinión política y que no me haré matar por ninguna causa. No traicionaré, eso sí, pero abandonaré á todos á la primera palabra que me parezca obscura, al primer movimiento que no me parezca deber conciliarse con los escrúpulos de la conciencia que yo me he trazado en lo que llamo mi razón. He aquí mi «ultimatum.»

—¡Pues bien, joven, respondió el príncipe, con todo eso, os quiero; vuestra franqueza me agrada por Dios!

—¡Tanto mejor, grandísimo príncipe! M. de Conti frunció las cejas porque sabía muy bien que era pequeño y jorobado; pero felizmente madama Barada exclamó:

—Señor Triboulet, entrego á Vuestra malignidad y vuestra sátira á todos los mortales incluso mi marido, pero monseñor es de mis amigos, no lo olvidéis.

Gabriela supo endulzar con una mirada y una sonrisa el mal efecto de la sátira cruel de Vijé, quien levantó la espalda como un gato cuando se irrita, imitando así la joroba de su Alteza. En seguida; se fué á su rincón gruñendo.

—A fe mía, replicó el príncipe alegremente, me gustan los locos, y mucho más cuando se les emplea como mensajeros ó confidentes.

—Esto al menos no os traicionaré nunca, os lo ha

dicho, príncipe, y sé muy bien lo que vale la palabra de mi hermano.

En el momento en que el príncipe iba á retirarse, un ayuda de cámara anuncia á la señorita de Chvreuse.

La hija de la antigua confidenta de Ana de Austria, era, según decían, de las mejores amigas del señor coadjutor, y como tal, enemiga encarnizada de Mazariño. Los príncipes contaban bastante con su influencia para saber los secretos de M. de Condi, así es que fué bien recibida en aquel salón que mejor parecía una caverna de hidras, un foco de odios, siempre ardientes en contra del ministerio desterrado.

M. de Conti la condujo, después de los saludos amistosos de costumbre con los demás asistentes, á un extremo del salón, y le habló en voz baja.

—Va á venir hoy á París, si no ha llegado, le dijo con animación.

—¿Estáis seguro, monseñor?

—Se le ha visto en Pontoise, la noche última, en el baile de San Luis.

—Conozco esa historia, pero se os ha engañado monseñor, El que tomaron por el cardenal no era otro que un oficial que lo remedaba admirablemente.

—Primero, sí; pero mis informes son exactos. El cambió de traje con ese oficial, y según todas las probabilidades la farsa estaba arreglada de antemano.

—¿Habéis hecho vigilar al oficial?

—Es muy sagaz para que se le pueda sorprender, pero es necesario estar sobre el coadjutor; entiendo que allí está el foco.

—Eso mismo pienso; pero es preciso convenir en una cosa, en que nuestros policías nos engañan á menudo, y se hacen pagar á manos llenas.

—Sin embargo, nada prueba que él esté en París. Sería necesario verlo para creerlo.

—¿Lo podríais vos, Carlota?

—Lo procuraré, querido príncipe.

—Hacedlo, y en caso de ser verdad, dirigidme un aviso oportuno.

—Os lo prometo.

—¡Querida Carlota, podréis salvarnos; pensadlo! Si Mazarino y Gondí llegan á entenderse, estamos perdidos.

—Tranquilizaos, monseñor.

—Comprendedlo bien: que el coadjutor sea amigo de la reina, mejor está en nuestro interés; pero es necesario que Mazarino permanezca en Bouillon ó se le haga desaparecer. Con él nunca seremos más que los satélites del trono, y sería muy doloroso perder la partida. No siempre se presenta la ocasión de atrapar una regencia. El fuego está cerca de la pólvora, Carlota.

—No lo sofocaré, estad seguro.

—¡Ah, si mi hermano hubiera querido!

—¿Qué?

—¡Seríais princesa de Conti!

—Vuestro hermano hizo bien oponerse á un matrimonio entre nosotros, príncipe! Nunca habria podido sufrir un marido que es el primer servidor de su hermano.

—¡Al menos espero que os casaréis con M. de Candale! dijo M. de Conti ruborizándose extremadamente.

—Bueno. La historia de siempre.

—Así se dice.

—¡Vaya! si el cardenal quiere casarlo con una de sus sobrinas. Esto será más natural.

—Entonces que se apresure, porque mañana ya no será tiempo.

—¿Pues qué hay de nuevo?

—Quien viva lo verá. Aseguraos siempre de si se encuentra en París. Esforzaos por vuestro lado para descubrirlo, que yo no dejaré de hacerlo por el mío, segura de que otros nos auxilian en nuestra empresa. Deberá ser el diablo si llega á escapársenos.

—En verdad, monseñor, que hicisteis mal dejando la toga, porque sois más atrevido que el coadjutor que pasa por muy fuerte en la política.

—Sin duda M. de Gondí es más diplomático que yo; Tiene sobre todo el don de persuadir.

El príncipe llevó á la señorita de Chevreuse cerca de su amiga, la señora de Barada, y las dejó haciéndose mil requiebros; después se despidió y abandonó el salón, acompañado de Barada, que parecía estar abortado.

Al llegar á la medianía de la escalera, M. de Conti se detuvo y se volvió á su acompañante.

—¿Qué tenéis, amigo mío? le preguntó al abogado que se había detenido primero.

—Nada, príncipe mío, nada, es que busco....

—¿Qué buscáis? vaya una simpleza, si no estuviéramos precisados por las circunstancias que se nos presentan, encontraría inmediatamente diez ó veinte personas de buena voluntad que no dudaran ni un sólo instante del éxito de la empresa.

—No es que yo dude; pero mañana al medio día debe ver al señor Artagnan, y...

—Procurad entonces encontrarlo hoy mismo. Sin embargo, recordad la hora, cerca de las once de la noche, hora en que el Cours-la-Reine está mal alumbrado, por no decir enteramente obscuro.

—¡Oh! es que seremos quince cuando menos.

—Os haré prevenir por alguno si hemos sido engaña-

dos ó si hay contraorden, cosa poco probable. Decidíais Barada, y nuestro empleo de consejero será el primer escalón de nuestra fortuna. No olvidéis que Vitry fué hecho mariscal de Francia, y que Mazarino nos ha ocasionado mayor mal que el que Concini hizo á M. de Luynes. Tened presente, sobre todo, que Burdeos no está tan lejos y que sus habitantes no nos olvidarán.

Estas palabras hicieron recobrar á las facciones del abogado la energía y la resolución que formaban su principal carácter. Acompañó á M. de Conti hasta su carroza y le dijo despidiéndose:

—Hasta la noche, príncipe. Os veré luego que todo esté hecho.

Pero M. de Conti no dió la orden de marcha al cochero, sino que llamó á Barada.

—Véamos, dijo, tenéis seguridad de que diciendo á Duretête esas palabras del «Paladute,» las traducirá como decis por «es preciso intentar una expedición sobre Blaye? . . . .»

—Segurísimo, monseñor.

—Entiendo que seria conveniente procurarse una entrevista con el duque de San Simón.

—El duque de San Simón lo rehusará todo.

—En efecto, es un soldado bastante rudo.

—Si adoptamos ese partido tendría que verle yo mismo.

—Esto es sólo una idea, Barada.

—Mi abuelo es conde de Medrano y alcalde de corte en Madrid. Puedo presentarme de parte del rey de España.

—Ya hablaremos eso, pero siempre marchará ese muchacho como tenemos arreglado, quedando vos en disposición de tomar la posta en caso necesario.

—Sea, monseñor, respondió el abogado.

—Barada, cuando seais consejero de Paris, me encargo de reconciliaros con vuestro abuelo, quien entonces no rehusará daros su nombre.

—En eso será justo, monseñor.

El príncipe despidió á Barada y dijo:

—¡Adelante!

La carroza rodó en el patio y bien pronto desapareció por la plaza real.

—Si salgo bien de esto, se dijo Barada siguiéndolo con los ojos, me quedo en Paris . . . y ya sabré exigirles eso y . . . . lo demás.

—¿Qué será lo que traman esas dos figuras sombrías? se preguntó Vijé después de haber visto subir al príncipe en la carroza; cuánto siento no poder quedarme en Paris donde me divertiría muchísimo espiándolos. Esto entretendría mucho á Gabriela.

El abogado subió de nuevo; tomó su capa y su sombrero y salió diciéndose:

—Vamos, se trata ahora de encontrar al señor de Artagnan. Dificil tarea! . . .

## VII.

La taberna de «Les Haudriettes» no era conocida solamente por Luis Vijé. A pesar del conjunto generalmente malo de sus parroquianos, era algunas veces frecuentada por gentiles hombres de buen humor ó por vecinos ávidos de emociones.

La noche misma de la visita de M. Besmaux, Artagnan se propuso buscar fortuna en aquel garito. Esto no era por preferencia ó la predilección á aquel lugar sobre cualquiera otro, sino porque más de una vez volviendo de San Germán ó de Ruel se había detenido allí